

¿SE PUEDE VIVIR?

La enfermedad del mundo

La carestía de la vida, el alza verdaderamente alarmante de los precios en los productos de primera necesidad: he aquí el tema dominante en todas las conversaciones.

En todas partes se escucha la misma canción:

«No se puede vivir; cada día estamos peor; si las cosas siguen así, no hay remedio posible.»

Pasó la gran guerra con sus horrores incontables, y a la ola de fuego y de destrucción ha sucedido una ola de pereza enervadora que agusta. Europa está cansada. Europa está deshecha. La tragedia mundial parece como que haya agotado todas las energías. Si la frase no fuera paradójica, diríamos que el mundo parece un cementerio de vitalidad.

La producción ha disminuido notablemente; y esta disminución nos ha traído el encarecimiento. Pero no es esta la única causa, ni la principal, ni la más directa del encarecimiento de la vida. La disminución de la jornada, el aumento de los salarios, la depreciación de la moneda—porque si la nuestra vale más, su plus valor es ficticio, porque es hijo del poco valor de las otras—y los desaciertos de los Gobiernos, causas son también que han venido a contribuir a la ruina de esta humanidad leca que un día se sintió guerrera, cerrando los ojos ante el abismo donde la esperaba su muerte moral y económica.

El hecho es innegable; las causas, de sobra conocidas; pero el remedio lo saben todos y no hay nadie que lo aplique.

La austeridad y el ahorro. Esta es la receta.

¿No se puede vivir? Es verdad, no se puede vivir como hemos vivido hasta ahora, esclavos de la banalidad, aguijonados por los deseos, llevando en el corazón un nido de víboras, un afán de lujo, las ambiciones de clase y una sed hidrópica de placeres.

¿Se puede vivir? Sí; viviendo la vida tranquila, metódica, pacífica patriarcal de nuestros pasados, más felices que nosotros y más pobres.

¿De qué sirve todo el oro del mundo, si a medida que crece la riqueza aumenta desproporcionadamente la ambición y se multiplican las necesidades?

Y este es el mal precisamente.

La sociedad moderna sufre una enfermedad de terribles consecuencias. Si no se pone remedio inmediato es segura destrucción de todo el organismo. Pero el remedio hay que buscarlo donde está.

Asistimos al desbordamiento de todas las clases sociales. De todas partes surgen bramidos de fiera, gritos crueles y punzantes de egoísmo: «¡Para mí, para mí!... ¡para mí todo el oro!... ¡para mí todos los placeres!... ¡para mí todo el poder!...»

Y mientras, la Religión de Cristo, fuente de la moral cristiana, que es donde está el único remedio, canta la canción de amor, de fraternidad, de caridad, de concordia...

Pero ocupados en el loco grito de nuestros egoísmos, ni la oímos ni la escuchamos.

La cuestión de Tánger

La situación política, confusa y llena de sombras, ha desviado la atención pública del problema de Tánger, con el cual, por otra

Azul, plata y oro

Por la Avenida Muñoz-Cobo

De los rayos del sol la catarata,
por el cielo y el mar, queda extendida;
de oro y azul la esfera está teñida,
y el mar parece de bruñida plata.

El áureo disco, su fulgor desata
y va haciendo gigante la avenida;
su esplendorosa luz, más encendida
matiza mar y cielo de escarlata.

No hay una nube en el zafreo velo;
vierte el sol por doquier sus resplandores,
y en cielo, tierra y mar su luz derrama...

Cielo y mar, mar y sol, sol, mar y cielo,
armonizan sus mágicos colores
y es azul, plata y oro el panorama...

Cecilio Recalde

Madrid

parte, relacionan algunos comentaristas políticos el cierre de las Cortes.

Lo ocurrido en Tánger envuelve para España una importancia considerable, pues el atropello de sus derechos que ahora se ha cometido en el asunto de las concesiones del Sultán a Francia respecto del puerto de Tánger, si no es rectificado como exige la justicia, sentará un precedente funesto para los intereses de España en África, y desde luego cerrará ante nuestro paso el horizonte tangerino.

El Sultán es en Tánger una ficción y no puede hacer allí concesión alguna. Francia maneja como a un muñeco a aquella sombra de soberano, y, por consecuencia, decir que el Sultán ha concedido a Francia la explotación del puerto de Tánger, equivale a decir que Francia se la ha apropiado.

La actitud de Inglaterra ante esta delicada cuestión que se ha planteado en el avispero africano

no parece definida y claramente fijada todavía. Hay quienes esperan que la Gran Bretaña no apoye en este asunto a Francia, no por afecto a España, ciertamente ni por amor a la justicia, sino por lo que su diplomacia ve de peligroso para los intereses británicos en la consolidación de las concesiones hechas por el Sultán a nuestros vecinos y «carifinos» amigos de allende el Pirineo. Pero en la actitud de los ingleses no hay que fundar grandes esperanzas, pues sabido es que en los litigios internacionales los poderosos suelen concertarse fácilmente, mediante oportunas compensaciones.

Francia ha dado un paso peligroso, que puede originar una situación desagradable y producir rozamientos cuyas consecuencias no es posible calcular y que desde luego rompe la buena armonía que en aquella región debe reinar entre los europeos. Los colonistas franceses se sienten acometidos y «ansiosos»